



LA RAZÓN HISTÓRICA
 Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas
 ISSN 1989-2659
 Número 61, Año 2024, páginas 58-70
www.revistalarazonhistorica.com

Algunas reflexiones históricas sobre la idoneidad del concepto del *populismo* en el siglo XXI, entre los ecos del *final de la historia* y la erosión de lo *común*

Adrián Illescas Tejedor

Grado en Historia, por la Universidad Complutense. Máster en Historia y Antropología de América, por la Universidad Complutense (España)

Resumen. El objetivo aquí tratado es cuestionar la denominación negativa del *populismo* durante las últimas décadas. En su uso indiscriminado subyacen sustratos conceptuales problemáticos. Entre estos se pueden señalar el impedimento de imaginar utopías políticas desde lo *común* popular en el presente, reproducir miradas etnocentristas occidentales universales o facilitar la reproducción de las últimas formas históricas del liberalismo económico. Las aristas de los temas tratados son complejos, sin una interpretación unidireccional. De esta forma, la propuesta proyecta algunas reflexiones de las condiciones políticas, filosóficas e históricas que se pueden reproducir del uso del término populista en el presente. Una cuestión que no difiere con la crítica hacia las formas políticas actuales, pero si cuestionándose la denominación populista hacia estas de forma abstracta.

Palabras clave: Populismo, *final de la historia*, siglo XXI, perspectiva histórica, democracias.

Resumen. The objective discussed here is to question the negative name of populism during recent decades. Underlying its indiscriminate use are problematic conceptual substrates. Among these, we can point out the impediment to imagining political utopias from the *common* popular in the present, reproducing universal Western ethnocentrism views or facilitating the reproduction of the latest historical forms of economic liberalism. The edges of the topics discussed are complex, without a unidirectional interpretation. In this way, the proposal projects some reflections on the political, philosophical and historical conditions that can be reproduced from the use of the term populist in the present. A question that does not differ from the criticism of the current political forms, but does question the populist's name towards them in an abstract way.

Keywords: Populism, *End of history*, 21st century, historical perspective, democracies.

1- La perspectiva histórica del liberalismo tras el *final de la historia*, del triunfalismo al pragmatismo tradicional

Cuando Francis Fukuyama proyectó el *final de la historia*, su planteamiento afirmaba el triunfo universal del liberalismo y del desarrollo del capitalismo.¹ Dejando atrás el conflictivo siglo XX, dicha tesis argumentaba una paralización completa de todo tipo de conflictividades ideológicas. Bajo su amparo se encontraba el entendimiento mecanicista de la historia, siguiendo una linealidad irrefrenable hacia el *progreso*, entendido como el polo magnético hacia el cual gira el devenir de la historia universal. Tras 1989, acontecimientos como el colapso soviético, la consolidación de la vía reformista liberalizadora en la República Popular China o el retroceso de la acción guerrillera en América Latina parecían presagios favorables a esta perspectiva histórica.

Sin embargo, más que un *final de la historia*, estos procesos vinieron a ser síntomas hacia una transición histórica: la apertura del siglo XXI. Más pensando en el derrumbe soviético, Eric Hobsbawm los plantearía como la base del final del *corto siglo XX* (1914-1991); que comenzó con la aniquilación de la *Belle époque*, y terminó con la rivalidad ideológica entre el modelo comunista y capitalista de la Guerra Fría.² Desde entonces, la persistencia hacia el presente de las conflictividades históricas —ya sean de matriz ideológicas, étnicas, políticas o económicas— parecen corregir en parte los planteamientos universalistas de Fukuyama. En este contexto, la resolución pacífica de la historia de la humanidad resulta un escenario irrealizable en favor del liberalismo. Pero aún su lugar como depósito de las utopías de las nuevas formas liberales pervive en sus proyecciones.

Globalmente, así se mantiene vigente en las nuevas miradas ideológicas dentro de las corrientes liberales tras 1989; aunque introduciendo sustanciales matices. Estos se explican por la propia comprensión de la dificultad de desplegar un triunfo universal en la actual coyuntura histórica. Ante esta condición, una de las primeras respuestas en reformular el cambio de paradigma liberal fue el *Choque de Civilizaciones*, de Samuel P. Huntington, cuyo contenido trazaba una rivalidad civilizatoria entre diferentes partes globales.³ En su núcleo ontológico, esta teoría esbozaba una necesidad inherente a los planteamientos liberales hasta ahora: reactivar la confrontación sistemática a cualquier tipo de planteamientos ideológicos alternativos a la ortodoxia dominante. De esta manera, paulatinamente el triunfalismo de Fukuyama ha sido sustituido por una nueva ofensiva discursiva contra toda aquella alteridad ideológica hacia el liberalismo o el capitalismo. De ahí,

¹ Francis Fukuyama, «The End of History?», *The National Interest*, n.º 16 (1989): 3-18.

² Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX: 1914-1991* (Barcelona: Editorial Crítica, 2000).

³ Samuel P. Huntington, «The Clash of Civilizations?», *Foreign Affairs* 72, n.º 3 (1993): 22-49.

las sustanciales novedades en este recorrido hasta hoy, tras el breve paréntesis optimista del *final de la historia*.

Hacia el presente, la proyección de esta lógica política liberal encuentra múltiples derivaciones globales, que exponen un problema común: una forma holística y unilateral de entender las posibles relaciones entre las sociedades civiles, los Estados y la actividad económica.⁴ Tal como es presentado por estas perspectivas, esta fórmula interpretativa de las conexiones entre estos actores conlleva la búsqueda de una aplicación universal. Consecuentemente, en todo momento que no se cumplan las variables ortodoxas, el discurso liberal desarrolla diferentes dispositivos de corrección y disciplinamiento. Con su síntesis, el ejercicio del capitalismo busca desplegar unas formas de pensar y actuar *unidimensionales*, donde toda crítica es suprimida hacia la uniformidad deseada.⁵ En este contexto, no ya todo atisbo de subalternidad es corregido bajo esta percepción, sino ya también incluso rasgos de pluralidad política, identitaria o económica.

Una forma manifiesta de observar esta lógica ideológica es el análisis de determinados conceptos políticos que ampliamente recorren los discursos liberales; concretamente, cuando se emplean con sentidos peyorativos hacia la normatividad anhelada. En algunos casos hacen referencia a la significación negativa que aún conservan en el presente términos más tradicionales como *marxista* o *comunista*, cuyo uso todavía es sistemáticamente aplicado a pesar del evidente retroceso del marxismo como vanguardia ideológica durante las últimas décadas. En otras formas, las estigmatizaciones se incrustan en otras variables ideológicas o movimientos sociales más recientes, algunos sustanciales con el auge de la *New Left*: el *feminismo*, el *ecologismo*, el *pacifismo* etc. Así como también encuentran su dispersión hacia formas de pensamiento extraeuropeos, ya sean por ejemplo de variable *poscolonial* o *decolonial*.

Al mismo tiempo, estos conceptos políticos se desarrollan con una doble fundamentación. Primero son utilizados como aparentes causantes del fracaso de la universalización de la historia liberal. Específicamente, cuando son desplegados para señalar los factores que supuestamente han imposibilitado su triunfo ecuménico. Siguiendo un eje estratégico, dicha metodología conlleva que la condensación teórica de términos como *comunista*, *feminista* o *pacifista* u otros se diluya con de una connotación ideológica simplificada y abstracta. Una cuestión que no podría plantearse sin la posición hegemónica cultural del liberalismo. Facilitándose de amplios mecanismos de difusión, el discurso liberal construye con estos conceptos determinados debates políticos. Con su recorrido se suspende la

⁴ David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, 1ª ed (Madrid: Akal, 2015).

⁵ Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada* (Barcelona: Seix Barral, 1969).

crítica hacia sus propias formas y metodologías. En este sentido, los antagonismos ideológicos presentados son esenciales para encubrir cuestiones de fondo históricas, en favor de supuestas amenazas políticas hacia la centralidad monopolizada por el liberalismo.

Su expresión en dirigentes y medios liberales conlleva la misma sensibilidad ideológica. Esta deriva de la concepción restringida de la esfera política; donde todo el monopolio de la legitimidad queda reservada a lógicas propias, que buscan tanto su propia retroalimentación como autorregulación. Para esto, el funcionamiento del discurso liberal lleva implícito una expulsión hacia los márgenes de la corrección política todo elemento considerado subversivo o pluralista. De esta proyección resulta el objetivo de aniquilar manifestaciones discrepantes a la *unidad* ya construida o por constituirse. En este eje, la negación del cualquier *otro* lleva implicado una forma de entender el desarrollo de la política de forma totalitaria, en deuda con la racionalización instrumental del pensamiento de la Ilustración, que en el siglo XX derivó hacia la regresión del fascismo.⁶

La problemática del uso de estos conceptos traslada una falsa apariencia de *neutralidad*, con una supuesta superación de todo debate alternativo hacia la *verdad* totalizante que buscan implantar. Ahora bien, lejos de este carácter aséptico, su propio desarrollo: “está fundado en las relaciones correspondientes de la realidad social”.⁷ Sobre la cual fomentan como anhelo: “la realización precisamente de la totalidad, cuya racionalidad se ve así a su vez multiplicada”.⁸ Concretamente en el siglo XXI, la resolución de la cuestión se traslada desde el interrogante de las formas adoptadas en el devenir de la historia bajo esta cobertura discursiva. Si es así, ¿qué consecuencias pueden descifrarse de un avance de la desregulación, la privatización y la liberalización económica radical como únicos horizontes disponibles para la humanidad?

2-. El *populismo* como concepto político en el siglo XXI

Durante las últimas décadas, uno de los conceptos políticos que mayor capacidad de condensar esta síntesis ideológica ha sido el *populismo*. Las variaciones interpretativas de su significación política y filosófica son ampliamente dispersas. No obstante, la mayoría comparten en su fundamentación algún nexo enlazado a la discursividad liberal. Una de sus derivaciones es que el término es ampliamente identificado de forma negativa. Tras 1989, su expresión ha sido recurrente para identificar movimientos políticos o sociales arraigados por valores como el

⁶ Theodor W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración*, 1ª ed. (Madrid: Akal, 2007).

⁷ Adorno, 36.

⁸ Adorno, 37.

maniqueísmo, la instrumentalización de los simpatizantes políticos o la demagogia discursiva.⁹ De ahí, que incluso se aventuró que la centuria quedaría fijada por el avance global de estas representaciones políticas, en un *siglo del populismo*.¹⁰

La problemática de esta interpretación son las difusas fronteras de estos descriptores sobre recientes manifestaciones políticas. Estas pueden tener un recorrido sustancialmente abstracto e indefinido. Bajo su amparo todo movimiento político o social puede llegar a entrar en las fronteras de lo denominado *populista*, si el observador considera arbitrario emplear dicha distinción léxica. Uno de sus resultados es el uso del término político con una plena ausencia de categorización, sobre la cual tratar de superar las definiciones parciales ofrecidas por diversas interpretaciones.¹¹ De forma significativa, este aspecto conlleva un entendimiento del concepto de forma análoga a los anteriores términos mencionados: toda posibilidad de desarrollo teórico se erosiona, frente a un mayor impulso de una significación política instrumental. Un proceso que conlleva la distancia del concepto respecto a las injusticias de realidad histórica referida, en favor de la alienación política y económica.

De forma consecuente, desde 1989 el término del *populismo* ha recorrido la definición de diversas manifestaciones políticas globales. En algún caso, su expresión se identificado como la paradoja de la *democracia*, en la forma en la cual la política representativa conserva una inherencia demagógica hacia las formas populistas.¹² Algunos casos muestran esta prospección. De esta traslación se interpretó primero en Europa el repunte de una oleada de derecha radical xenófoba, homófoba y nacionalista una primera corriente política o ideológica bajo esta denominación.¹³ Al mismo tiempo, en América Latina también se ha identificado nuevas generaciones con un carácter *neopopulista*.¹⁴ Unas distinciones que incluyen aquí dos modelos: desde una primera generación apoyada en medidas y ajustes

⁹ Enrique Krauze, *El pueblo soy yo* (Barcelona: Debate, 2018).

¹⁰ Pierre Rosanvallon, *El siglo del populismo: historia, teoría, crítica*, 1ª ed. (Madrid: Galaxia Gutenberg, 2020).

¹¹ Francisco Panizza, «Introducción. El populismo como espejo de la democracia», en *El populismo como espejo de la democracia*, ed. Francisco Panizza y Benjamín Arditi (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009), 9-49.

¹² Margaret Canovan, «Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy», *Political Studies* 47, n.º 1 (1999): 2-16.

¹³ Hans-Georg Betz, *Radical Right-Wing Populism in Western Europe* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 1994).

¹⁴ Susanne Gratius, «La “tercera ola populista” de América Latina», *Documentos de Trabajo FRIDE*, n.º 45 (2007): 1-25.

económicos liberalizadores;¹⁵ hasta otra segunda generación de izquierda radical con reivindicaciones identitarias extraeuropeas y crítica hacia la Globalización.¹⁶ Ahora bien, más actualmente, el uso del concepto en cuestión ha sido más transversal, trasladándose hacia definiciones más plurales, incluso contradictorias en algunos aspectos desde la definición ideológica.

Por un lado, su adscripción ha estado también ligada a las *nuevas caras de la derecha*, originadas tras la crisis económica de 2008.¹⁷ Desde el ascenso presidencial de Donald Trump en Estados Unidos, hasta el más reciente triunfo electoral de Javier Milei en Argentina, su trayectoria ha quedado interpretada como un avance del *populismo*; especialmente, como una representación de discursos críticos hacia las élites tradicionales o colectivos minoritarios, al mismo tiempo que desarrollan una exaltación extasiada por la libertad individual. La contradicción de esta denominación se observa en la paralela descripción de corrientes también *populistas* en nuevas formas de izquierdas del siglo XXI. Concretamente, cuando entre sus pulsiones se encuentran una ampliación de derechos democráticos o el reconocimiento de identidades culturales pluralistas. El impulso que consigue reducir la distancia entre ambas distinciones reside en el carácter neutralizante del liberalismo, que incluso consigue reproducirse en otras formas de pensamiento divergentes.

Este despliegue se corresponde, en gran parte, a la respuesta liberal dada ante la síntesis ideológica ofrecida por Ernesto Laclau, cuya principal preocupación intelectual fue elaborar una categorización filosófica sobre el *populismo*. Su propuesta política también se ubicaba en las proximidades del final del siglo XX, cuando el marxismo comenzó a replegarse en los círculos intelectuales globales. Desde América Latina, Laclau diseñó una corriente de pensamiento de izquierda cuyo objetivo era ofrecer un antagonismo al modelo democrático liberal. Incrustado en el desarrollo de las teorías posestructuralistas, que conllevan una forma de entender toda realidad bajo los parámetros del discurso, la teoría de Laclau definió el *populismo* como una proyección retórica. Como proceso comunicativo, este fenómeno estaría presente en: “la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante”.¹⁸

¹⁵ Michael L. Conniff, «Neo-Populismos en América Latina: La década de los 90 y después», *Revista de ciencia política* 23, n.º 1 (2003): 31-38.

¹⁶ Ludolfo Paramio Rodrigo, «Giro a la izquierda y regreso del populismo», *Nueva sociedad*, n.º 205 (2006): 62-74.

¹⁷ Enzo Traverso, *Las nuevas caras de la derecha*, 1ª ed. (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2019).

¹⁸ Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo* (Madrid: Siglo Veintiuno de España, 1978), 201.

Al contrario que la forma negativa de la postura liberal, Laclau avanzó una forma de entender el *populismo* desde una significación positiva, sobre el cual edificar nuevas proyecciones políticas.¹⁹ Visto así se entiende la respuesta dada por el liberalismo ante esta teoría política, concibiendo la cuestión como un antagonismo ideológico, sobre el cual edificar una racionalización negativa. Esta cuestión se relaciona con la contextualización histórica de por entonces. Bajo diferentes enfoques, tanto la teoría de Laclau como el discurso liberal transcurrieron con la transición fallida global de diferentes formas institucionales hacia variables más democráticas desde 1970. Entre los ejemplos se pueden mencionar variables de menor transformación en espacios capitalistas —como Francia o Estados Unidos—, pero también lugares con mayor graduación de los cambios, tanto en áreas hasta entonces soviéticas —Checoslovaquia o Polonia—, como en países bajo dictaduras militarizadas —España, Argentina o Brasil—. ²⁰

Aquí se haya la principal expresión instrumental del *populismo* hacia la actualidad. Bajo su uso se encuentra la mirada totalizante liberal sobre la *democracia*, entendida como una *unidad* incautada. No podría entenderse la descripción de los límites populistas sin las trayectorias incompletas de democratización a escala global que han acontecido desde el final de la Segunda Guerra Mundial.²¹ Así, la relación entre *populismo* y *democracia* es multidimensionalmente directa. Tratando de suspender las críticas, los defectos o las contradicciones hacia las democracias liberales durante las últimas décadas, el discurso liberal ha empleado el concepto de *populismo* en su sentido neutralizante. Su uso reproduce la imagen de un *canon* de democracia estetizado, bajo unas imágenes idealizadas que no se corresponden a la realidad histórica reciente. Los resultados son la reproducción de falsas imágenes sobre la representatividad institucional reciente.

Llegado a esta ecuación política, ¿hasta qué punto emplear indiscriminadamente el término populista reproduce la legitimidad del discurso holístico liberal? ¿Usar el concepto político lleva implícito una denominación negativa de toda forma fuera de los márgenes de la corrección liberal? Sin dejar resaltarse la necesidad de cuestionarse las contradicciones o problemáticas que pueden llevar formas políticas actuales, de diferente signo, esta cuestión parece dar una respuesta afirmativa. Se relaciona con la dificultad de suprimir los atisbos liberales en el uso del término de la cuestión. Consecuentemente se debe a que los términos negativos de su aprensión tienen mayor fuerza y extensión que la

¹⁹ Ernesto Laclau, *La razón populista*, 1ª ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 2016).

²⁰ Una perspectiva historiográfica global sobre estas transformaciones políticas presente en Carmen González Martínez, coord., *Transiciones políticas contemporáneas: singularidades nacionales de un fenómeno global* (Madrid: Fondo de Cultura Económica de España (FCE), 2018).

²¹ Keith Lowe, *El miedo y la libertad: cómo nos cambió la Segunda Guerra Mundial* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2017).

significación positiva dada por Laclau en su momento. La problemática se encuentra en el traslado de interpretaciones que llevan los usos del *populismo*, puesto que como todo concepto político se encuentra atravesado por una *historicidad*: la resonancia en el presente de otros usos del pasado, que en tiempos actuales adquieren nuevas significaciones.²² Analizar esta trayectoria puede mostrar algunas implicaciones de esta relación de diferentes tiempos históricos.

3-. Hacia las raíces históricas del concepto de *populismo* en el presente: los significados políticos heredados

En un origen, la historia conceptual del *populismo* radica sus raíces etimológicas en la Antigüedad; específicamente, en la cultura romana. Entonces se puede encontrar una primera derivación desde la locución latina *populus*, cuyo sustantivo hacía alusión al sustantivo *pueblo*.²³ Ahora bien, esta aproximación antigua no solo añadió una asociación a una esfera social dentro del entorno popular romano, también lo hizo desde reclamaciones políticas dentro de esta influencia. Así, en el periodo republicano, el desarrollo de la facción política de los *populares* efectuó diferentes demandas de la legitimidad del pueblo romano en ampliar algunos de sus derechos institucionales. Aquí puede señalarse un núcleo ontológico que posteriormente ha sido reproducido, de forma dinámica, bajo otros contextos históricos.

Avanzando hacia la Edad Moderna, diferentes posiciones interpretativas de esta posición conceptual fueron reformuladas. Este proceso se desarrolló aún con la ausencia del término *populismo* en el vocabulario político. Pero si con una serie de raíces que acabarían por configurar su arquitectura conceptual posterior. En la Europa moderna, dicha ramificación conceptual se extendió desde la constitución de dos esferas: la *Alta Cultura* —asociada a los grupos privilegiados con acceso a la formación e instrucción— y la *Baja Cultura* —integrada dentro de los amplios límites populares—. ²⁴ Dentro de esta contienda de posiciones culturales se replantearon los límites de lo socialmente considerado *popular*. Hacia el siglo XVI puede detectarse dos antagónicas posturas adoptadas, que pueden resumirse dialécticamente:

1. La primera posición aprobó una significación *positiva*. Su alegoría implicaba asociar a lo *popular* con todo aquello calificado como admirado

²² Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos: estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social* (Madrid: Trotta, 2012).

²³ José Manuel Roldán Hervás, «Mario y el movimiento popular de finales del siglo II A. C.», en *Historia de Roma*, 1ª ed. (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1995), 185-96.

²⁴ Peter Burke, *La cultura popular en la Europa moderna*, 1ª ed. (Madrid: Alianza, 2010).

socialmente. Entre estas se podrían identificar rasgos, actuaciones, costumbres o prácticas tendentes a verse favorecidos de la simpatía de las multitudes sociales.

2. La segunda de las posturas formuló un sentido *negativo*, que vendría a culminar con el pensamiento ilustrado del siglo XVIII. En estos términos, lo *popular* fue descalificado como una clara manifestación de una supuesta inferioridad cultural.²⁵

Desde entonces, el uso del *populismo* ha recogido en su trayectoria esta bifurcación. En una primera instancia, su recorrido político aplica una inherente interpretación sobre el entendimiento de la esfera *popular*; ya sea *positiva* o *negativa*. No cabría la posibilidad de aplicar de forma neutral esta variable conceptual. Al denominar una forma como populista se deriva una mirada política. De forma correlativa, el propio concepto formula un condicionamiento deseado de la actividad política, que se traslada desde la interpretación dada de lo *popular*. Así puede señalarse la definición dada por Real Academia Española al término, que en un sentido despectivo sería toda: “Tendencia política que pretende atraerse a las clases populares”.²⁶ Bajo esta definición tanto de lo socialmente considerado *popular* como su organización política quedarían señalados hacia la estigmatización.

Precisamente, la problemática de esta cuestión se encuentra en su contextualización histórica. Esta encuentra consonancia con las relaciones globales entre el desarrollo global del capitalismo y las multitudes populares en los últimos siglos. Si en el siglo XVIII se detectó una pérdida de costumbres y prácticas *comunes* dada la nueva Economía Política liberal,²⁷ en las últimas décadas se traslada una limitación radical del papel del Estado como agente social.²⁸ En este amplio paréntesis histórico se efectúa en una misma trayectoria diferentes efectos colaterales, desde la erosión del sentido consuetudinario o los mecanismos de autorregulación popular, hasta la pérdida o restricción tradicional del bienestar social bajo un amparo institucional. Al emplearse el término *populismo*, toda forma política de organización popular sería considerada desde la necesidad de ejercer una tutela, para promover su mera dominación.

A finales del siglo XIX, el sentido de esta aproximación política transitó hacia un mayor perfeccionamiento negativo. En esta escala temporal se dio la propia

²⁵ Raymond Williams, *Palabras clave: un vocabulario de la cultura y la sociedad* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2003), 253-54.

²⁶ Real Academia de la Lengua, en «*Diccionario de la lengua española*» - Edición del Tricentenario, 1 de enero de 2024, <https://dle.rae.es/populismo>.

²⁷ Edward P. Thompson, *Costumbres en común. Estudios sobre la cultura popular*, 1ª ed. (Madrid: Capitán Swing, 2019).

²⁸ Mark Blyth, *Austeridad: historia de una idea peligrosa* (Barcelona: Crítica, 2014).

aparición del término populista en el vocabulario de la época. Así aparece por primera vez en la lengua inglesa, cerca de 1890.²⁹ Lo hizo en tiempos de la expansión colonial, los discursos raciales y el desarrollo del capitalismo industrial.³⁰ Relacionalmente adquirió una simbiosis con el concepto más extendido de la época de *progreso*, entendido por entonces como un axioma filosófico hacia una dirección consecutiva de hitos del orden liberal de orden tecnológico, económico, político o cultural. Puede entenderse que todo el contraste con esta dirección fuera reducido ya hacia términos negativos. Diferentes movimientos políticos de entonces fueron identificados como una contrapartida del avance liberal; especialmente, por la búsqueda de un apoyo social popular con fines alternativos.

Bajo este impulso, diferentes ejemplos nacionales de *populismos* fueron asociados bajo esta perspectiva; cuyo núcleo se asentaba en la interpretación restringida de construir las relaciones económicas, la representación institucional y la dirección de toda acción política.³¹ Se pueden señalar casos bajo una proyección reformista y una fuerte crítica hacia la élite tradicional como los *Narodniks* en la Rusia zarista o los integrantes de la formación *People's Party* en Estados Unidos. Asimismo se pueden identificar personalidades políticas que captaron un lenguaje radicalizado sobre la representación política, como Alejandro Lerroux en España.³² Al mismo tiempo, también se señalaron formas de actuar políticamente desde un marcado autoritarismo y personalismo, referenciándose al modelo del bonapartismo en Francia.

Avanzando el siglo XX, el final de la Gran Guerra provocó un paréntesis de la hegemonía discursiva y de la praxis global del liberalismo.³³ La construcción del

²⁹ Oxford English Dictionary, 2006, https://www.oed.com/dictionary/populism_n?tab=fact-sheet#29263527.

³⁰ Una interpretación clásica sobre este periodo se encuentra en Eric Hobsbawm, *La era del imperio (1875-1914)*, 5ª ed. (Barcelona: Crítica, 2013). Los avances historiográficos más actuales sobre el imperialismo del siglo XIX inciden también de diferente manera sobre sus transformaciones globales. Para un estudio del impacto económico, véase Jürgen Osterhammel, «Energía e industria», en *La transformación del mundo: una historia global del siglo XIX*, 1ª ed. (Barcelona: Crítica, 2019), 899-946. Sobre los cambios institucionales, un análisis presente en Christopher A. Bayly, «Mitos y tecnologías del Estado moderno», en *El nacimiento del mundo moderno 1780-1914: conexiones y comparaciones globales* (Madrid: Siglo XXI, 2010), 279-325.

³¹ De hecho, un estudio fundacional del estudio sobre el *populismo* sitúa el origen histórico del desarrollo de estos procesos políticos hacia el presente en estos compases históricos: Ghita Ionescu y Ernest Gellner, eds., *Populismo: sus significados y características nacionales* (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1970).

³² José Álvarez Junco, *El emperador del Paralelo: Lerroux y la demagogia populista* (Madrid: Alianza, 1990).

³³ Dicha interpretación ha tenido un largo recorrido historiográfico. Una aproximación influyente se encuentra en Eric Hobsbawm, «La caída del liberalismo», en *Historia del siglo XX, 1914-1991* (Barcelona: Editorial Crítica, 2000), 116-47. Un estudio sobre la transmisión de la polarización ideológica en Europa tras el conflicto bélico en Enzo Traverso, *A sangre y fuego: de la guerra civil europea (1914-*

canon liberal durante el siglo XIX se vio erosionado entonces. De esta dislocación ideológica derivaría un nuevo avance conceptual sobre el *populismo*. Procesos como la experimentación revolucionaria mexicana, el triunfo revolucionario soviético y el desarrollo de diferentes variaciones nacionales del fascismo provocaron un desplazamiento sobre los cimientos ideológicos tradicionales. Entre sus consecuencias se puede detectar el claro retroceso de la legitimidad liberal, hasta entonces concebida de una manera universal.

Dentro de las corrientes liberales posteriores de los siglos XX y XXI, explicar la rápida erosión liberal durante este periodo histórico se ha convertido en una fórmula de legitimar una mirada instrumental hacia el pasado. De esta se deriva la búsqueda interpretativa de la quiebra del orden liberal de entreguerras por factores externos; sin atender al análisis de como prácticas económicas —como la especulación, la liberalización o la desregulación financiera— o políticas —con la restricción de la representatividad institucional o la extensión de la desigualdad— tuvieron efectos negativos sobre las multitudes populares globales. De ahí, los enfoques historiográficos o filosóficos que han equiparado el nazismo y el bolchevismo como disruptivos del orden idealizado del liberalismo.³⁴

Desde el desarrollo de esta mirada hacia el pasado se considera el intenso interés liberal hasta la actualidad por gran parte del auge historiográfico, filosófico y político de términos conceptuales como el *autoritarismo* o el *totalitarismo*. En su proyección, el recorrido el *populismo* adquirió parte de esa misma fundamentación; pero de manera más concreta, desde el punto de vista territorial en un inicio. Este proceso se dio con el traslado de esta definición hacia América Latina,³⁵ hasta tal punto que se propone no diferenciar los territorios latinoamericanos de la acción política populista hacia el presente.³⁶ En este auge diferentes interpretaciones han definido y explicado la existencia histórica de unos *populismos latinoamericanos*

1945) (Buenos Aires: Prometeo, 2009). Un análisis del impacto en las relaciones internacionales y en las nuevas tendencias económicas de la posguerra en J. Adam Tooze, *El diluvio: la Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*, 1ª ed. (Barcelona: Crítica, 2016).

³⁴ En el estudio de la historia puede destacarse la obra Ernst Nolte, *La guerra civil europea, 1917-1945: nacionalismo y bolchevismo*, 2ª ed (México: Fondo de Cultura Económica, 2011). En la disciplina filosófica es representativa la postura defendida en Friedrich August von Hayek, *Camino de servidumbre* (Madrid: Alianza Editorial, 2011).

³⁵ Esta asociación fue encauzada de forma original por diferentes intelectuales latinoamericanos de la corriente sociológica amparada en el funcionalismo y el estructuralismo. Algunas obras fundacionales fueron: Gino Germani, «Democracia representativa y clases populares», en *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, 1ª ed, Serie popular Era (México: Era, 1973), 12-37; Torcuato S. Di Tella, «Populismo y Reforma en América Latina», *Desarrollo Económico* 4, n.º 16 (1965): 391-425.

³⁶ Maria Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone, eds., *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cenicienta* (Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1998).

(hacia 1920-1960), cuyo punto neurálgico se ha ubicado en el peronismo argentino como el reflejo más intenso de la idiosincrasia populista.

Desde su recorrido histórico, la mayoría de las posturas han definido como inherente al *populismo* una supuesta decadencia o *subdesarrollo cultural*, en la forma de expresar la incapacidad proyectar el *canon* predeterminado. En algunos casos dicha proyección se efectúa desde su explicación como la transposición de determinadas cosmovisiones tradicionales hacia tiempos presentes, como aquellas relacionadas con las liturgias del catolicismo.³⁷ Una posición que permite establecer paralelismos con otras interpretaciones de los fascismos.³⁸ La cuestión problemática incide observar indiscriminadamente en este espacio de forma negativa a todas las formas políticas que han tratado, o bien de preservar costumbres populares, o bien de ampliar la representación institucional o los derechos populares. Y, al hacerlo, unir su desarrollo explicativo con formas regresivas propias del fascismo. Su construcción podría significar observar despectivamente toda la historia política propia de los territorios latinoamericanos.

De forma seguida, dicha tesis implicaría reforzar una mirada etnocentrista occidental de las formas políticas, históricas y filosóficas bajo el impulso unificador del liberalismo. De su transcurso se incurre en reactivar en discursos originarios del imperialismo del siglo XIX, que construyeron imágenes de territorios coloniales para perpetuar la explotación económica y la dominación cultural.³⁹ Al hacerlo, la lectura del mayor grado de progreso alcanzado por el liberalismo se reproduciría a favor de los discursos culturales hegemónicos occidentales, perpetuando dicha dominación de lo considerado periférico en décadas más actuales. El orden ideológico impuesto desde la centralidad reforzaría algunas asimetrías, que se llevan desarrollando más intensamente en tiempos de la Globalización. Todo aquello que no alcanzará los suficientes grados de mimesis hacia el modelo liberal quedaría definido bajo esta mirada despectiva.

Algunas conclusiones

De estas posiciones interpretativas se trasladan hacia el presente unas raíces conceptuales instrumentalizadas por el discurso liberal; difícilmente podrían disociarse de su uso. De forma inherente, el término reduce la capacidad de operar desde lo socialmente *popular*, quedando reducido hacia la transmisión de una dominación. Suprimiéndose la capacidad de imaginar utopías alternativas, la aplicación política del *populismo* conlleva una imaginación negativa de todo aquello

³⁷ Loris Zanatta, *El populismo* (Madrid: Katz Editores, 2015).

³⁸ Emilio Gentile, *Fascismo: historia e interpretación* (Madrid: Alianza, 2004).

³⁹ Edward W. Said, *Orientalismo* (Madrid: Debate, 2002).

popular o *común*; incluyéndose las denuncias de injusticias y desigualdades de raíces históricas planteadas como posibles factores de acción social o política. Así puede entenderse que los análisis de estos procesos atiendan hacia factores de la acción del liderazgo político,⁴⁰ de la política económica aplicada⁴¹ o de los medios de manipulación emocional irracional hacia las multitudes movilizadas. El lugar de la tradición, la costumbre o la reivindicación *popular* quedaría anulado como un posible componente de interés, puesto que se presupone despectivamente su recorrido bajo toda forma autónoma o reivindicativa ante las condiciones históricas dadas.

Ante el empuje de proyecciones políticas divergentes, así se entiende que el discurso liberal haya asociado indiscriminadamente el reclamo de la centralidad: un ideal estetizado supeditado a sus intereses, que confluye como un producto cosificado frente cualquier rasgo disconforme. Mediante la censura de la crítica como punto de partida, sus derivaciones incluyen el entendimiento de toda acción política bajo un impulso ya estandarizado. De ahí, que la continuación de esta forma de entender la política puede llevar a cabo la anulación de *pensar históricamente* el presente, ya que: “nace como síntoma sofisticado de la liquidación de la historicidad, la pérdida de nuestra posibilidad vital de experimentar la historia de un modo activo”.⁴² La monopolización del estándar político liberal implicaría una distancia frente del análisis de las condiciones históricas dadas, incluyendo las injusticias o las desigualdades heredadas del pasado.

⁴⁰ Flavia Freidenberg, *La Tentación populista: Una vía al poder en América Latina* (Madrid: Síntesis, 2007).

⁴¹ Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards, «La macroeconomía del populismo en la América Latina», *El Trimestre Económico* 57, n.º 225(1) (1990): 121-62.

⁴² Fredric Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado* (Barcelona: Paidós, 1991), 52.